



CLAUDIO HERNÁNDEZ

LA MASÍA DE PILI



 SAGA
EGMONT



CLAUDIO HERNÁNDEZ

LA MASÍA DE PILI



 SAGA
EGMONT

Claudio Hernandez

La Masía de Pili

Saga

La Masía de Pili

Copyright © 2022 Claudio Hernández and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728330968

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

Para los que se arrepienten de no hacer las cosas bien. Para los que han dado su vida por los demás, y sus dramas han servido para enriquecer a algunos y dar esperanzas a unos pocos científicos que trabajan día y noche. En memoria de ellos y para los que están en primera línea del frente.

A todo ellos y ellas, gracias de todo corazón.

Ahora toca concienciar.

Y ser constantes.

Y rezad por mi padre y mi WISKI, que están en el cielo, felices por fin...

LA MASÍA DE PILI

La muerte formaba parte de su vida, y ella se llamaba Pili.

—Lo cogí de las manos y lo atraje hacia mí. No pesaba nada. No opuso resistencia y su risa brillaba en su cara. Sus ojos castaños estaban iluminados de paz. Era como tenerlo de nuevo en casa. Era como si nada de todo este asunto hubiera sucedido nunca.

Pili, a sus treinta y tres años, estaba agarrotada en el sillón de la consulta del psiquiatra. Él la miraba con los ojos clavados en su rostro. Sus muecas. Sus rasgos. En busca de un ápice de cordura, que no encontraba.

—¿Lo ves siempre?

—Sí. Por supuesto. ¿Es algo extraño?

Carlos, el comecocos, frunció el ceño a la vez que sacudía la cabeza y, con la barbilla apoyada en su mano derecha, dijo:

—Realmente sí lo es, Pili. Tu padre ya no está entre nosotros. Lo puedes tener en tu vida, pero solo en tu corazón o en tus recuerdos.

Se levantó del sillón sin hacer ruido.

Pili lo siguió con una mirada oscura.

El hombre, ataviado con una bata blanca desabrochada —porque era verano y el puñetero aire acondicionado no funcionaba—, bordeó la mesa y se encaminó hacia el cristal de la ventana que habitaba a su izquierda. La señaló y, antes de pronunciar palabra, ella preguntó algo.

—¿Ya ha acabado la sesión?

—No. Acaba de empezar. Levántate y ven aquí. Quiero mostrarte una cosa que te hará reflexionar.

El psiquiatra sacó unas flores secas de un florero con agua amarillenta, turbia y pestilente. Los mosquitos nadaban en su interior fraguando más viscosidad.

—No me convencerá de nada —aseguró ella mientras se levantaba quejumbrosamente como si sus huesos tuvieran más de setenta años. Caminó hacia él, taconeando.

—Ponte delante de la ventana.

—¿Aquí?

—Sí.

Él estaba detrás de ella, sujetando la jarra con la mano derecha, que se alzaba como el aspa de un molino.

—¿Y ahora qué?

—¿Qué ves?

—La calle a través del cristal. El sol cayendo a plomo y unos perturbados caminando alrededor del puente.

—Sí, es cierto, pero ¿qué ves ahora?

El hombre de la bata volcó el agua en el cristal. Ésta caía como lágrimas, mezclada con agua

de una lluvia torrencial. La imagen se distorsionó. El cristal parecía haber cobrado vida.

—Veo turbio. No veo bien ni el sol, ni la gente. Y da gracias a que no he dado un salto.

—Exacto. Eso es tu padre ahora. Una imagen turbia. Algo del pasado, porque no lo ves claro. Es una realidad distorsionada. Eso es lo que ves. Nosotros le llamamos delirio distorsionado. No existe. Una parte fue real, lo es, y la mayor parte de lo que ves turbio no existe.

Pili se giró sobre sus tacones. La punta de su nariz rozó la del psiquiatra. Éste llevaba gafas bronceadas. Su cabello era moreno. Alborotado. Pili era de una estatura alta, pero él también. Sintió el regustillo empalagoso del aire que dejaba escapar él por su boca, que parecía tener una cremallera cerrada.

—Mi padre es una realidad —afirmó. Sus ojos profundizaron en un pozo sin límites. Se sintió algo incómoda y añadió—: Usted es el que no ve la realidad de las cosas. Estudian carreras para ofuscar a la gente. Para distorsionar su realidad. Para engañarlos y atiborrarlos de pastillas, que, oh, sí, éstas sí que te hacen ver cosas muy extrañas. Está usted loco. ¿Me quiere dejar pasar?

La mano de él estaba ahora apoyada en el marco de la ventana. La jarra vacía, pero goteando sus últimos suspiros, estaba sobre un armario de cajones blancuzcos. Se apartó lenta y oficiosamente.

—Sí, claro. Lo siento.

—Gracias.

Ella lo rodeó con sus brazos inertes, es decir, con aquellos que solo un escritor llegó a imaginar como una serie de tentáculos que no se podían describir. Algo que no existía. Y se encaminó hacia la silla donde la esperaba su bolso con la boca abierta. Una garganta profunda y oscura. Recogió su teléfono móvil, que estaba sobre la mesa, y corrió hacia la puerta. Su mano extendida y agazapada en la manivela.

—Su próxima cita será el jueves que viene. A las seis de la tarde.

Ella meneó la cabeza en sentido de no.

—Mi padre me advierte de que no venga más aquí. Así que no me espere.

Abrió la puerta y esta se cerró cuando sus hombros dibujaron dos líneas invisibles debajo del marco. Y el repicar de la misma hizo eco en el consultorio.

Pedro, su padre, había muerto tras caer por un barranco en la casa de Bonmati. Veinte años atrás.

Pero, ahora, estaba vivo.

Antonia, arropada por las cortinas de su casa, mientras lloraba a lágrima viva y sollozaba como un perro, la recordaba cuando era pequeña. Aquellos tiempos en los que todavía podía mirarla a los ojos y decirle: te quiero, o ¿tu padre es más que yo? Y esa voz grave —y no ululante— brotaba de su garganta como si fuera uno de los fantasmas de aquella casa maldita.

—¿Por qué me has abandonado ahora que te necesito más?

Tenía la nariz llena de mocos.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta, y paró en seco. Sorbió algo como baba, y dulce. Tragó saliva. Se restregó los dorsos de las manos sobre los abultados ojos y se encaminó hacia la puerta con una simple camisola de color blanco.

—Antonia. Soy José María —dijo una voz amortiguada.

Y ella esbozó una suave sonrisa, olvidándose por completo de su hija Pili.

—¿Qué te ha dicho el médico? —preguntó Xavi. Estaba tirado, cuan largo era, en el sofá. Sus pies descalzos olían a lejía, por no decir otra cosa, y el ventilador le soplaba las pelotas, que se escapaban por los laterales de la entrepierna de las bermudas de flores oscuras.

Sí, oscuras.

Pili caminó hacia la mesa del comedor dejando caer su bolso en un plaf sonoro. La boca se abrió. Era un pozo de nuevo. Oscuro y profundo. Sus hijos no estaban en casa. Nalia y Dani. No estaban en el colegio. Tenían vacaciones, y estaban en un campamento que se llamaba "EbeNezer" o algo así. Era una montaña verde, llena de caminos tortuosos y frescos. Los robles estaban curvados por el paso del tiempo, y los pinos, más arriba, indicaban que el sol podía por fin acariciar aquella espesura. En la ladera, había una especie de valle pecaminoso y un albergue, bueno, no exactamente eso. Era un edificio que no se parecía ni a una casa ni a un monasterio. Era rectangular, de piedra. Con musgo entre los resquicios. Tenía tantas puertas de madera carcomida como el número de ojos de los cien críos que allí buscaban el ocio. Se comía bien, y por la noche se contaban relatos de terror al lado de la fogata.

—Nada —rezongó ella mirándole con profundidad y seria.

—¿No pareces muy contenta?

—Claro que no.

—Nunca eres feliz.

—Contigo nunca lo seré.

Xavi dejó a un lado la revista que estaba leyendo. Era una revista de coches deportivos, que nunca iba a tener ni en sueños. Por supuesto, los tres euros que había costado los había sido pagado con el dinero de su mujer.

—Siempre dices lo mismo. Eres una insatisfecha —ladró, pero no se irguió en el sofá. Seguía lánguido y sudoroso.

—Y en la cama también soy una insatisfecha.

—Te he dado dos hijos.

—Eso no tiene nada que ver.

La mirada de Pili, que en esos momentos bordeaba el sofá, le taladraba el rostro enjuto.

Xavi enmudeció. Sabía que aquella mirada era repugnante en su relación. A veces, una mirada decía más que mil palabras, pero no sintió miedo alguno ante la amenaza que representaba.

Ella se fue directa al cuarto de baño.

Y allí habló con su padre.

—¿No puedes comer sin hacer ruido? —preguntó Antonia, visiblemente enojada.

—No hago ruido —respondió José María. Era un tipo de estatura baja, delgado y con poco pelo. Siempre iba bien afeitado y sus dientes brillaban como la cal de las casas de Andalucía. Apenas su pecho llegaba al borde de la mesa, y sus manos estaban prietas en un tenedor y un trozo de pan.

—Perdí a mis hijos por tu culpa —terció ella cambiando de tema, y de paso, recordádoselo como tantas veces hacía. Lo miraba con la cara arrugada y unos labios mordisqueados e inflamados.

—Yo no tengo la culpa de ello —dijo él sintiéndose liberado como cada vez que lo decía. Se llevó el pan a la boca. Él no dejaba de masticar.

—Los echaste de casa en silencio —se alborotó ella dejando el tenedor sobre la mesa con un ruido metálico que rebotó en el techo.

—Juan se casó y se fue a vivir con su mujer. Tu hija Pili también se ha casado y está viviendo con su marido y sus hijos. ¿Eso es echarles de casa?

Hubo un repentino silencio ominoso miraras por donde lo miraras. Un silencio que presagiaba algo aterrador. El inicio de una muerte súbita.

Por fin, después de un buen rato, ella prorrumpió:

—¡Mis hijos tienen que estar aquí!

Golpeó la mesa con la mano abierta y el sonoro golpe fue engullido por las paredes. El sol entraba como navajas que cortaban el aire y parte de la mesa. El hombre hundió la cabeza en sus hombros, como de costumbre.

No contestó.

Siempre, en alguna parte, debía brillar el sol; o bien, como un huevo frito o, en todo su esplendor, como un mágico aura; y en otros muchos lugares debía brillar, mucho menos, la cara visible de la luna, dependiendo del ciclo lunar en el que se encontraba. En Salt brillaba esto último, y el universo estaba despejado y enseñando sus vivas luces, que parpadeaban —algunas— en la inmensa negrura. También, y eso en todas partes, había gente que tenía pesadillas, y niños o niñas. Ellos más que ellas, porque eran férreos creyentes del coco que habitaba en el armario o debajo de la cama. Ellas creían en la Virgen María.

Pero Pili había tonteado con la magia, y no precisamente la de un ilusionista moviendo barajas de cartas de una mano a otra. Su magia era poderosa y oscura. Su padre le advertía del mal y le recordaba qué le sucedió, pero ella, embriagada del poder de las tinieblas, lo ignoraba.

O bien, su mente no estaba bien encarrilada.

—Pili. Debes olvidar toda esa basura —le advirtió su padre. Su imagen, su rostro y sus ojos parecían atrapados por la pared.

—Papá, tú me enseñaste a usar la magia. Tú mismo me lo enseñaste —lloraba ella.

De repente, la pared se abrió en dos y, como una manta convertida en dos gigantescas manoplas, envolvió el cuerpo de Pedro y lo succionó, mientras decía algo vagamente lejano:

—La mujer del pozo. El cementerio de mascotas. El bosque...

Y, tras esto, su cuerpo se ponía recto sobre la cama como si se hubiera desplegado un potente muelle atado en su espalda. El corazón quiso salir por la boca, pero decidió latir con fuerza en las sienes. Le dolían los ojos y había soltado un grito que despertó a Xavi. Él se dio la vuelta haciendo la croqueta en la cama. Todo liado en la sábana que cubría su cuerpo desnudo. Ella estaba sudando copiosamente, es decir, con profusa inclinación a chorrear los líquidos del cuerpo.

Estaba asustada.

—¿Otra de tus pesadillas? —preguntó Xavi, visiblemente cabreado. Su tono de voz quiso parecer grave, pero había sido una nota falsa de las que se le escapa a un batería de un grupo nefasto. Bom. Como si el palo hubiera rebotado. Después de todo, siempre volvía el tono agudo. El de una mujer chillando.

—¡Cállate, Xavi! —gritó ella. Se levantó de la cama con premura y se dirigió a la ventana que daba a la terraza. El aire parecía fresco, aunque hacía demasiado calor. Elevó su barbilla y la brisa del río que pasaba cerca le acarició el cuello. La brisa, jajaja. Le encantaba pensar que era la del mar.

—Me has despertado, joder —bramó él con los ojos cerrados. De igual forma no había más luces que las grisáceas sombras que proyectaba la luna llena.

—Que te den —murmuró ella, y empezó a llorar como una niña.

No deseaba más en este mundo que estar al lado de su padre y dejar al margen a su único

hermano, que dormía en esos momentos a mil kilómetros de distancia.

6

Antonia cogió el teléfono móvil de la mesilla cuando el sol quería entrar por la fuerza por las rajas de la persiana, pero aun así no podía hacerlo. Sin embargo, sí había algo de luz —aunque amarillenta— abrigando el hueco de la habitación sin muebles excepto la citada mesilla y la cama. Marcó un número de teléfono cuando el teclado brillaba como un tiovivo y se lo pegó a la oreja. Tras dos tonos de llamada le prosiguió un tuuuuuuuuuuuuuuuuu. ¿Eres la más bonita?

—Mierda —musitó, y se echó a llorar sobre la almohada. José María se había ido a trabajar y, por lo tanto, su hueco estaba más helado que un fiambre. Era como si tocase una figura de mármol.

Antonia se sentía sola y odiada a la vez.

Una semana después, habló con sus hijos por teléfono y descubrió lo fenomenal que estaban en el campamento de verano. Ese tal EbeNezer, en el que ella misma había estado de pequeña junto a su hermano. Allí había muchas zonas de recreo, como jardines, parques, una piscina y hasta un pequeño castillo de madera con un puente a una altura de seis metros. Nalia y Dani mostraron su especial entusiasmo en la conversación y se despidieron con unos besos que resonaron en todas las redes hertzianas de la telefonía móvil.

Pili colgó y se llenó de gozo. Sin embargo, la vida le tenía reservado un destino del cual no iba a salir ilesa. Pedro se lo había advertido una noche antes, cuando flotaba sobre ella mientras dormía. Era como si a él lo estuvieran sosteniendo unos hilos de acero. Sus ojos no eran amarillentos ni tenía colmillos. Pili lo miraba con amor, y sus retinas se llenaban de alegría, pero era desagradable ver el surco en la cabeza que el hacha había creado tiempo atrás.

—Pili. Cuida de tus hijos. Cuídalos mucho.

—Eso es lo que hago todos los días, papá.

Después de esto, su padre se elevaba hacia el techo y era engullido por una densa y oscura niebla sin mediar palabra alguna. Como en otras veces, sencillamente, desaparecía.

Y ella se conformaba con ello.

Al día siguiente, cuando los rayos del sol entraron por la ventana entreabierta, y posaron sus largos dedos laminados sobre las sábanas y parte de la pared, sus ojos se abrieron al escuchar el timbre de la puerta.

Supo que algo malo sucedía.

Habían desaparecido.

Sencillamente eso. Muchos niños y niñas desaparecían en el bosque. Los árboles se doblegaban al agacharse y con sus ramas retorcidas los sustraían y los escondían en alguna parte. Esos monstruos que habitaban cerca de las masías se frotaban las hojas en la oscuridad que perduraba incluso de día.

Habían desaparecido, como los demás.

Antonia sabía ahora —una vez más— que, de todas las precipitadas promesas hechas a medianoche, en nombre del amor y la lujuria, ninguna era más fácil de romper que la que decía de forma continuada:

«Nunca te dejaré».

Ella pensaba que lo que el tiempo no robaba ante las narices de todos, y todas, lo hacían las circunstancias que le rodeaban. Era inútil esperar cualquier otra cosa y, en cierto modo, también era inútil esperar que, de alguna manera, el mundo le deparase a uno algo bueno, porque todo eran cosas malas. Cualquier cosa que tuviera un valor sentimental, o no, cualquier cosa a la que se aferrase por su salud, sabía que se consumiría a largo plazo, e incluso a corto plazo. Y entonces, todo un abismo se abriría delante sus narices, engulléndolo todo por un extraño agujero. Como resultado, todo, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos se acabaría. Ya se habría ido. Quizá al infierno, como su propia hija, o, peor aún, al limbo, desde donde nunca nadie parece regresar. Todo se iría, como el amor y todo lo demás.

Lo sabía.

Su perspectiva del amor y de la vida nunca había sido tan pesimista. Había habido un tiempo —no hacía tanto— en que había sentido cómo el peso de su angustia mental se disipaba por momentos hasta alcanzar una paz interior. Tenía menos episodios psicopáticos que su hija Pili, y menos días en que sintiera como si se le partieran las muñecas de tener que soportar las horas lentas y agónicas hasta su próxima medicación. Entonces parecía que existiera una posibilidad de ser feliz nuevamente.

«Nunca te dejaré».

Las tres palabras no habían surgido del clímax de la pasión, ni de un orgasmo. Su vida amorosa, como muchas otras cosas, estaba cargada de problemas que, en vano, parecían imposibles de resolver. Pero, donde otras mujeres habían renunciado, sin poder perdonar su propio fracaso, ella perseveró, y con muchas ganas.

—Estaré contigo mientras tú quieras que esté. —Pero ella mentía. Sabía que lo hacía, una vez más.

Nadie le había ofrecido un compromiso como aquél, y él —José María—, a su vez, le concedió aquellas palabras en señal de gratitud, «nunca te dejaré», las que la perjudicaron del todo.

El recuerdo de estas palabras que habían calado en su corazón y la imagen del cutis de ella, casi luminoso en la oscuridad de la habitación, además del sonido de su respiración cuando al fin cayó dormida junto a él arrojando su cabeza sobre su brazo, todo aquello aún tenía el poder de

sobrecoger su corazón y estrujárselo hasta hacerle daño. Tanto daño que apretaba los puños con fuerza y las uñas de los pulgares le hacía una herida de media luna que, después, sangraban.

Solo le quedaba una cosa por creer.

¡Soñar!

José María había puesto bruscamente fin a sus ilusiones el día en que cerró la puerta de aquel piso, un entresuelo, y escuchó algo como:

—José María, creo que tú y yo tenemos un problema terrible.

—¿Qué sucede? —le habría deseado preguntar una vez bajaba las escaleras de fuera.

—Siéntate, ¿quieres? Siéntate y te lo explicaré con más calma.

Y él hubiera cedido, porque había escuchado eso en su febril mente, aunque sabía que no era verdad.

—Dime... —dijo José María, ya en la calle. El calor sofocante le invadió los pulmones con una bocanada ardiendo.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por cualquier parte —hubiera dicho.

Pero sabía que ya no había marcha atrás y que Antonia desaparecería para siempre de su vida.

Como los hijos de Pili, ¿o no?

El Guardia Civil estaba tan rígido como una estaca clavada en el suelo. Pili había abierto la puerta con cierta parsimonia, pero, al ver a aquellos dos hombres de verde, su corazón se desbocó y sintió un calor extremo en la cara.

—Nos informan desde el campamento EbeNezer que sus hijos han desaparecido.

—Creo que ha habido una confusión. —Su voz casi le temblaba—. Me hubieran llamado. Hace dos días... ayer... hablé con mis hijos. ¿Por qué no me ha llamado el director del Campamento? El tutor, o quien sea...

—Señora. Cálmese, por favor. —El Guardia Civil de cabello oscuro extendió su mano para cogerla del brazo porque creía que lo próximo era el desmayo—. Nos han confiado la noticia a nosotros. Han puesto una denuncia. ¿Quiere usted interponer una denuncia?

Pili agachó la cabeza.

—Por supuesto que sí.

—Deberá acompañarnos si es así.

—Está bien.

Pili empezó a temblar y su visión se volvió borrosa. Primero vio aquellas caras difuminadas como acuarela mojada y, después, unos puntos blancos que dolían a la vista poblaron el rellano de su piso hasta que dejó de sentir su cuerpo.

Cayó en los brazos del Guardia Civil.

Llegó su fin de una historia corta y sin sacar provecho de nada. Vagando como una vagabunda por las calles heladas, aunque era verano. Sus manos se cortaban y sus labios se estiraban como chicles mientras se restregaba por las paredes. Sus lágrimas eran dos caudales de un fluvial. Y su penosa sonrisa no existía.

Entonces comprendió que había perdido a su hija para siempre.

Antonia se refugió en el alcohol y vio monstruos en las paredes, deslizándose como grandes arañas. Y abrazó las drogas, que hicieron que esos monstruos le hablaran.

Los monstruos a veces habitaban en la mente de cada niño y niña, otras, en cambio, perturbaban las mentes de los mayores. Veían sombras alargadas y rostros desfigurados en el interior de las propias sombras. Y lo peor de todo es que el subconsciente lo tomaba como real. Era posible que fuera un séptimo sentido que no tenemos nadie desarrollado, pero también era posible que solo fuera una imagen distorsionada de nuestra mente.

Los árboles encorvados con sus ramas gachas, la mujer del pozo, la señora de negro que mira tras la ventana del ático. Las sombras que se mueven en los cementerios. Todos ellos podrían ser una forma de vida relacionada con la distorsión y los monstruos. Y lo peor de todo es que se introducían en la mente viajando por las noches estresantes, cuyas pesadillas hacían despertar de forma brusca y peligrosa a cuantos chillaban al ver al monstruo muy, pero que muy de cerca.

Pili despertó en la cama de un hospital y tenía la frente sudorosa. Su corazón, agitado, pugnaba por salirse del pecho. Le temblaban las manos y la penumbra macilenta inundaba la habitación que compartía con otra paciente que estaba roncando como una bestia, justo al lado. Sus labios vibraban y se ensanchaban a cada ronquido. Era una mujer rolliza, con cabello oscuro y deslavazado. Delante de la puerta del armario había un sillón, de esos incómodos en los que debes dormir sentado, y allí había alguien a quien le brillaban sus ojos. Era una imagen perturbadora que Pili tomó como parte de la pesadilla.

Aquella jodida anciana tenía el cabello en un moño totalmente blanco. Los ojos destellando como los de un fantasma y su sonrisa se cruzaba de cara a cara. Tenía los brazos cruzados sobre sus rodillas; en realidad, eran las manos. Estaba sentada, como una hurraca, contemplándola. Vestía de negro, pero algún tipo de aura malévolo hacía que se viera la silueta encanijada de la vieja.

—¿Ha tenido una pesadilla?

Preguntó con una voz áspera.

Los ojos de Pili se clavaron en su rostro difuminado.

—Solo me he despertado.

—Pues no lo parece.

—Eso no importa ahora.

—¿Le duele algo? ¿Llamo a la enfermera?

—No, gracias. Estoy bien. Solo tuve un mal sueño. ¿Dónde estoy?

—En el Hospital Trueta.

—Oh, mira qué bien. No recuerdo nada.

—Llegaste al mediodía y desde entonces has estado durmiendo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Ha venido alguien a visitarme?

—Los Mossos d'Esquadra.

—Ostia.

—¿Qué ha dicho?

—¿Dijeron algo?

—No.

Y de repente dejó de sentir miedo.

Pili estaba erguida en la cama y empezó a recordar.

Sus hijos.

Se movía con lentitud. Era un mundo grisáceo. Había niebla de esas que flotaban a la altura de la nariz. El aire era empalagoso y en el fondo de todos los árboles se distinguían las lápidas del cementerio. Detrás de ellos, había unos seres verduzcos que limpiaban cuidadosamente aquellas desdichas. Y el ente seguía moviéndose con pasmosa lentitud. Arrastrándose como un gusano. Por debajo del suelo y sintiendo bajo los pies la vibración de la tierra que hacía olas a medida que avanzaba.

Y el sonido era infernal.

Pero ellos, y ellas, estaban allí.

Estando en comisaria, recibió la llamada de su psiquiatra sin nombre, porque odiaba recordarlo. La voz era suave y prolongada en el tiempo, como si quisiera estirar las palabras y suspenderlas en el aire.

Pili estaba con los ojos hinchados y sus labios se parecían a dos gusanos hinchados y retorcidos de dolor. Su cabello, moreno y ondulado, estaba deslavazado como si hubiera salido del agua en ese momento con todos los dedos metidos en algún enchufe. El rímel había ensombrecido sus pómulos, y su rictus era malévol.

—Mis hijos han desaparecido. ¿Le parece normal?

Hubo un extenuante silencio al otro lado de la comunicación. Al fin, algo jadeó como un perro.

—Ahora más que nunca necesitas ayuda...

—Pero no la tuya —casi gritó ella, y colgó. En el vacío del aire llegó ese tono prolongado como un zumbido molesto y que muchas veces cabreaba escucharlo cuando llamabas a tu banco o a una financiera para reclamar algo.

Un policía local la miró de reojo y frunció el ceño con aspecto serio y moviendo la cabeza como si ésta estuviera colgada de un muelle.

—Señora. No puede hablar por teléfono.

Pili resopló como una máquina de tren a punto de descarrilar.

—Quiero ver a mis hijos.

—Y nosotros hacemos cuanto podemos —prorrumpió el escribiente (así lo llamaban los del pueblo de Inglés), en realidad, el agente que escribía el atestado.

Entonces, ella le escuchó.

Era Pedro.

Estaba justo delante de la ventana de la comisaría. Una de ellas. La que tenía enfrente. La más grande y que la persiana parecía el portal de un castillo. La raja o la brecha en su cabeza estaba necrósica y ya no supuraba materia gris ni sangre. Esta última preciosidad del cuerpo humano estaba tan reseca como el escudo de un soldado romano. Movía una de sus manos.

Y, como un susurro que se montaba sobre el sonido del aire acondicionado, ella escuchó:

«Pili. Tienes que buscar a tus hijos por ti misma. Esta gente no puede hacer nada. Es lo que has heredado. Ya te lo advertí. Yo mismo me volví loco y todavía hoy me arrepiento».

Y ella cabeceaba, asintiendo, ante la mirada atenta de los dos agentes, que estaban desconcertados por esa inquietud mostrada en ella. Y si hubieran dicho algo, Pili les hubiera respondido que ellos eran hombres de mármol. Sin sentimientos.

Los que tampoco tenía ella.

Hasta ahora.

Sí, hasta ahora.

Antonia se refugió en la muerte.

—El sol vuelve a salir mañana, pero tú ya no me quieres. Deseo la muerte. Ojalá te vaya bien con tus hijos si un día te olvidan.

Pero ella no sabía nada de su hija Pili, ni de sus nietos.

Y la muerte, tan oscura como el universo, la arropó en un callejón y la hizo dormir. Silenciosa y suave. Sin imágenes de su vida paseándose delante de sus retinas. Sin recuerdos. Sin sentir nada. Sin olvidar nada a la vez.

Y se la llevó.

El campamento EbeNezer estaba situado a treinta kilómetros de Anglés y la Sella. Cerca del repetidor Rocacorba. En medio del bosque y el aire limpio, donde uno podía hincharse como un globo. Allí donde el sol solo lamía el suelo de la explanada que había frente al gran edificio que parecía un sanatorio. En el resto del campamento brillaba la oscuridad, corría el aire fresco y el agua helada y cristalina se derramaba por varias fuentes.

Los niños más pequeños señalaban al bosque. Un sendero lo abría como si fuera una puerta a otra dimensión, y el camino sesgado de tierra los llevaba cada vez más arriba, hasta alcanzar el pico de la montaña donde decía la leyenda había una comunidad de Fossores ¹. De hecho, había una iglesia y un gran cementerio. Algo que hacía a uno preguntarse quién puñetas estaría allí enterrado, si las únicas masías estaban abajo del todo y se podían contar con los dedos de la mano.

Pero misterios los había en todas partes, y cuando el grupo de excursionistas llegaban a la cima, jaleaban sobre las nubes pomposas sin poder observar qué había debajo de ellas, pero, a veces, llovía por encima de éstas, y en el cielo más alto no se veía nada.

—Desaparecen por ahí —decían en un susurro contenido mientras temblaban como una hoja perenne en mitad de una tormenta de otoño.

Los profesores, porque los había, casi tanto como educadores para ofrecer a todos los críos todo tipo de tareas y actividades, procuraban no señalar nunca aquel dichoso sendero ni mencionar a los que desaparecían.

—Vienen hombres de azul. —Era la expresión que más se comentaba entre la comunidad de los más pequeños.

Y por las noches, todos ellos y ellas escuchaban cosas, como si arañaran las paredes, rompieran el suelo levantando la hierba como una giba, y se escuchaban lamentos.

No humanos.

Se dirigió con su Citroën C4 rumbo a su destino, porque sabía que ese era su destino final. Algo latía bajo su pecho, y ese algo le hacía sentir cosas. Pili a veces soñaba con cosas que después sucedían. A veces. Y otras tantas, tenía el presagio, latiendo al compás de su corazón, de que ocurrirían.

El vehículo tomaba las curvas como una canoa cayendo sobre la superficie de un río cuesta abajo hasta dar el salto en una catarata. Las ruedas chirriaban y mordían algunas hierbas verdes brillantes; y otras, tan oscuras como un sapo viejo. Las flores, sencillamente, ya no estaban invadiendo la carretera, salvo las hiedras, que todo lo arañaban.

El tubo de escape hizo una estampida de gases en un cambio brusco de marchas, y escupió a una altura de dos metros una nube de humo que se disolvió con el viento. Ella miró por el retrovisor y le pareció que era azul. Enarcó las cejas, pero volvió a fijar la mirada en la carretera.

El bosque estaba bordeando el camino al campamento, y las cuestas eran cada vez más pronunciadas. El coche horadó el camino con su tercera marcha introducida. Ronroneando como un gran gatazo, entró y pasó por el centro de un pueblo de una única calle, de casas cuyas fachadas estaban dobladas por el peso de miles de flores de todos los colores.

El aire, lejos de ser empalagoso, era aromático y tentador. Incluso le gustaba más que el propio perfume que se había echado en el cuello.

Detrás, como pasajero, viajaba su padre.

Y ellos estaban allí. Entre las sombras. Envueltos en una niebla oscura. Restregándose con más almas lánguidas y extenuadas. Moviéndose de un lado para otro sin tomar ningún rumbo. Todo era espesura, y el ambiente —más que empalagoso— era peor que las meadas de los gatos sobre la arena. No hablaban. Solo lloraban de pena. Y no pensaban.

Solo se escondían de eso.

Sobre las dos de la tarde enfiló la última cuesta y torció a la izquierda. El morro del Citroën se encaramó como un potro a una yegua hasta que Pili pisó el freno de forma brusca. Aquello fue como un orgasmo. El coche no resbaló. Se quedó clavado en el suelo empedrado, pero ella se vio sacudida hacia adelante. En realidad, toda la estructura del vehículo se había deformado en esa dirección. Delante de sus narices estaban las puertas del Castillo del conde Drácula, por la similitud.

Ella no se asombró, pues ya había estado antes allí.

Tan solo recordó, de forma vaga, su infancia.

—Bien, ya hemos llegado —dijo jocosa ella, tras poner el freno de mano. El motor eructó y se fue al carajo en un repentino silencio. Los pájaros cantaron no más lejos que pueda alcanzar una piedra lanzada por su brazo, y se escuchaban—. Papá, ya estamos en el campamento.

Pedro sonrió detrás de ella.

—Ellos están aquí —dijo él con voz de fantasma, por supuesto. Una tutora, que estaba sentada al borde de un muro cerca de la puerta, la miró casi boquiabierta y pensó: «¿Qué narices hace hablando sola dentro del coche y mirando hacia atrás, si no hay nadie?»

Pili sí lo veía.

Siempre los vio desde la casa de Bonmati, bueno, en realidad, desde la casa de Anglés.

Abrió la portezuela y puso un pie en tierra firme. Ir conduciendo era como ir en una alfombra mágica que volaba a escasa altura. Sintió el tacto, de alguna manera, de la piedra dura del suelo musgoso. Respiró profundamente y el aire llenó hasta la última ramificación de sus pulmones.

La tutora dijo algo:

—Hola, señora. ¿Necesita algo?

Tenía una gorra con visera. Una de esas grises, y vestía unos pantalones vaqueros y una camisa rosa. Pili elevó la mirada en dirección al sonido y vio cómo se tapaba los ojos, porque los rayos del sol se comían sus córneas.

—Sí. Claro que necesito algo. Quiero ver a mis hijos. Los necesito. Creo que ha habido una confusión.

Aquella mujer, en lo alto del muro, balanceaba sus pies.

—Creo que ya sé de lo que habla —acució.

—¿Puede abrirme esta jodida puerta?

La tutora frunció el ceño.

—Oh, claro. No se preocupe. Velamos por la seguridad de los más pequeños.

—Sí, por supuesto. Yo soy la mujer del pozo que viene a llevárselos a la casa maldita del fondo del lago.

—¿Qué?

—Olvidelo.

Y el sol se apagó, como una antorcha en el agua.

El grupo mayoritario encabezaba la subida al monasterio. Las nubes caminaban bajo sus pies, y una escarcha rociaba sus frentes sudorosas a medida que ascendían. Resoplaban y hablaban entrecortadamente. Como un disco de vinilo estropeado. El aire era puro, pero pesaba dentro del pulmón, aunque aquella sensación era de total plenitud.

—Chicos. Tened cuidado con tropezar —tosió uno de los tutores. Su camisa amarilla estaba húmeda en la espalda. Esa mancha grande y oscura, que se acerca más a una meada de un perro que al sudor, era bien visible desde todos los ángulos.

Llevaban las mochilas a cuestas; y, dentro de ellas, sus comidas. Una tortilla de patatas y unas albóndigas en salsa de tomate. Para beber, agua.

Como la que se iba a caer sobre sus cabezas en lo alto de la montaña de los Fosseros, como se la conocía.

—No estoy cansado. No estoy can... sa.... do —jadeaba el primer chico que encabezaba el pelotón, y su voz se ahogó. Tomó aire y sus ojos brillaron en la pegajosa niebla.

—Estas jodido —dijo alguien más atrás y, después, vino la risa con una tos seca que la acompañaba.

El camino era cada vez más angosto y el moho se empeñaba en cubrir todo el suelo. Los árboles parecían cansados de vivir más de mil años, y sus troncos estaban doblegados por el peso y el silencio. Aquellas ramas que caían sobre el camino parecían garras con espátulas, pero el pelotón de los chiflados continuaba subiendo la cuesta muy por delante de las chicas.

Durante un instante, escucharon algo anormal.

El ruido del agua de una catarata o un río salvaje que chillaba en una esquina de la montaña, justo en el lado Este.

Pili había hablado con la directora del campamento, y ésta se mostraba muy preocupada. Sin embargo, Pili no se creyó este sentimiento de culpa, pues la había visto sonreír en un hueco de sus finos labios.

—¿Cómo pueden desaparecer mis hijos, así como así? ¿Sabe realmente por lo que estoy pasando? ¿Sabe que puedo denunciarla?

—Serían muchas madres en espera.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Solo que últimamente están sucediendo muchas cosas...

—¿Desaparecen más niños? ¿Es eso lo que pretende decir y que la policía oculta? —le había interrumpido Pili, visiblemente nerviosa y furiosa.

—Digamos que sí.

Solo eso.

Bastaba esa respuesta para entender la ira de ella.

—¿Qué es esto? ¿Es un chiste?

—La verdad es que no...

—¿Y todavía permanece este campamento abierto? ¿Cuántos más?, ¿eh?

—Tres niños...

—¡Oh, Señor!, ¡dame paciencia!

Las manos alargadas y delgadas de Pili estaban tirantes sobre su cabeza. Sus ojos, desgarrados; o, mejor dicho, derretidos como la cera impura.

—La policía se está encargando de ello. A veces los monitores no pueden controlar bien a los más pequeños. Sobre todo, a los de este grupo, que, de repente, desaparecen tras los arbustos, los árboles o bajo el agua de la piscina. Son muy inquietos.

—¡¡¡Ya!!!

En el fondo del despacho aireado por tres ventanas de madera, estaba Pedro, apoyado en una de ellas, y le hacía gestos.

«No sabe muy bien lo que sucede. No sabe qué decir. Hija mía, tendrás que apañártelas tu sola. La policía está en ello, pero...»

Y Pili veía a su padre con compasión, una vez más.

—¿Su marido no ha venido?

Ella no contestó.

Ni siquiera esas sombras eran tan terroríficas como esa cosa. Recordaban que se habían dormido, pero, después, una mano fría tiró de ellos. Era, sin duda, la mujer del pozo. Tenía los ojos blancuzcos y la lengua morada. Su piel estaba arrugada, como la cera, pero era maleable.

Flácida. El cabello, que parecía pringoso y apestaba a cieno ², estaba pegado a un cráneo con una brecha en el mismo. Allí dentro rezumaba algo materialmente gris. Y aquellas manos, frías, con uñas negras y falanges como hierros oxidados, habían conseguido arrastrarlos hasta el fondo.

Hasta la casa del fin del mundo de lago, cuyo nombre no transcendía.

Ni la maldita casa.

Y allí abajo, también había un bosque desalentador, pero con vida propia.

El anciano estaba curvado sobre un bastón, y de sus labios pendía una colilla humeando como un tren. Sus ojos estaban arrugados hasta las retinas, es decir, desde los párpados hasta el globo ocular. Si bien respiraba acompasadamente, se veía que necesitaba realizar algún que otro esfuerzo para ello. Vestía totalmente de negro, y lo que le llamó poderosamente la atención a Pili fue su faja oscura, liada a su cintura como la estola de un cura.

Su padre, que ahora no caminaba junto a ella, lo llevaba.

—¿Oiga, señor? ¿sabe si alquilan una de las masías de aquí?

El anciano levantó aquellos pesados párpados y la miró con unos ojos como aceitunas.

—Aquí no se alquila nada. Se regala.

Pili quedó gratamente sorprendida por la respuesta.

—¿Eso qué quiere decir exactamente?

—Lo que ha oído, señorita...

—Señora —rectificó ella.

El anciano escupió al suelo, y la colilla se perdió entre la mala hierba.

—Que puede quedarse con cualquiera de estas. —El hombre movió un dedo artrítico y señaló una de ellas. Tenía la puerta de madera astillada. En realidad, estaba agujereada y, en el centro de todo ese espectáculo, había una herradura como picaporte.

Casi le arranca una sonrisa ante el mal trago que estaba pasando.

No lo consiguió.

—Esa de ahí me recuerda a mi infancia —acució ella señalando la herradura.

—Qué bien. A mí me recuerda a la muerte.

Pili no comprendió muy bien aquellas palabras, pero pensó que quizá lo diría por su avanzada edad. El anciano rebuscó en el bolsillo que se había quedado atrapado bajo la faja. No pudo introducir los dedos y soltó un improperio.

Pili siguió hablando.

—De pequeña. Muy a menudo, venía aquí los veranos. Mi padre estaba vivo y pertenecíamos a una congregación evangélica. El Pastor nos daba el sermón todas las noches a las doce en punto cuando, a veces, la luna brillaba en lo alto del cielo despejado. Sin embargo, una de esas noches había comenzado a llover y teníamos que hacer una cosa. Orar al Señor mientras vagábamos, en la oscuridad de la noche, precisamente por este camino. «Era un ejercicio de fe», decía. Era para eliminar todo rastro de miedo. Una prueba de que el mal no existía si no queríamos. De que Dios estaba ahí, con todos nosotros. Y recuerdo haberme topado de bruces con esta misma puerta. Lo sé, porque toqué la herradura que cuelga. Es como si no hubiera envejecido nunca. Al día siguiente, ya a plena luz del día, la observé detenidamente, y tuve miedo de acercarme a la puerta. Creía haber visto algo a través del hueco. Qué cosa más absurda, ¿verdad?

El anciano se encogió de hombros, refunfuñando porque no encontraba un cigarrillo en sus bolsillos traseros.

—Si eso te hace feliz, allá tú.

Ella no comprendió tampoco esa respuesta.

—¿Perdón?

—Nada. Estoy cabreado porque no encuentro un jodido cigarro que llevarme a la boca.

¿Fumas?

—No.

—Pues, entonces, adiós.

Y, cuando el hombre de negro se dio la vuelta, ella le siguió con su profunda mirada.

—Lo siento —dijo.

—Quédese con la masía, señora. Nadie le recriminará nada.

Y el sol se estrelló contra una nube con cara de malas pulgas.

El bosque cobraba vida bajo el agua. Aquellas ramas se movían despacio, pero firmes. Atrapaban los pequeños cuerpos y los atraían hacia la casa. A veces, antes de eso, ese algo que se deslizaba bajo el lodo se pronunciaba y abría la boca.

Una enorme boca oscura.

Un espejo, lleno de telarañas y rajado por diversas partes como un corazón roto, reflejó su rostro y el espíritu de su padre. Ella creía que era eso. Según el psiquiatra que seguía esperándola en su consulta, eso era una imagen distorsionada. Algo que nacía de la irracionalidad y del trastorno mental del tipo que fuera.

Se veía bella.

—Siempre has sido guapa, Pili —dijo al cristal, esperando que éste le contestara. En su lugar, lo hizo su padre.

—Sí. Siempre fuiste mi pequeña. Ahora has crecido y te enfrentas a ese amor que se siente por los hijos. A ese sufrimiento cuando los pierdes, pero ¿y cuando los hijos pierden a sus padres? ¿Sabes lo que se siente? No deberías haber creído en mí. No deberías haber hecho uso de esa tabla con letras, porque no quiero mencionar su nombre. No deberías haber invocado a nadie bajo los efectos del alcohol...

—¿Es una reprimenda, papá?

—No. No lo es. Es una advertencia que llega demasiado tarde. Yo me volví loco. Escuchaba voces. Me aplastaban contra la cama y ésta cedía hasta el suelo, pero nunca llegué a ver nada. En cambio, tú eras especial. Los veías a todos. Debiste avisarme. Ahora es tarde para mí, pero no para ti.

—¿Qué tratas de decirme?

Pili seguía viendo el reflejo de su padre a través del espejo.

—Que no se puede tantear con el más allá.

—Eso trae suerte

—Mira la tuya. Ni tu marido ha querido acompañarte porque cree vehementemente que estás loca. ¿Y tus hijos? ¿Mis nietos?

—Eso estaba escrito.

—No, donde están, eso no.

—¿Qué?

—Aquí, en esta masía, hay un pozo. Una puerta abierta. De momento no puedo ver más allá, porque incluso a los muertos no se nos deja pasar.

—Me estás asustando.

Ella se giró para verlo de frente.

Su padre ya no estaba.

Ya no eran humanos, sino simples bocados de un alimento mohoso y gelatinoso, preparado para saciar una boca con grandes colmillos y dientes, también, afilados. La cosa de allí abajo y la misma que se arrastraba arriba no eran distintas, sino la misma. Y el bosque animado tampoco era distinto del monasterio y de las profundidades del lago que allí había nacido como por arte de magia.

¿Magia?

Los muebles estaban mohosos, viejos y astillados. El polvo, fruto de una larga inactividad dentro de la casa, se había acumulado —como una lacra— sobre las superficies rugosas y el suelo empedrado. A pesar de ser verano, dentro hacía frío. Pero, a través de la ventana, Pili podía escuchar las carcajadas de los más pequeños. Era como si nada hubiera pasado, y el pito ensordecedor de los tutores resonaba en el aire como el claxon de un camión a punto de atropellarte. En lo que duraron los tres días de limpieza superficial, la policía no subió al campamento.

Y, por supuesto, nadie más desapareció.

¿O sí?

La brisa se había hecho luz en la oscuridad, pero todos dormían, aunque eso soplaba en un único rostro. El de un niño de cinco años, rubio, y que dormía plácidamente con las manos bajo su mentón. Las literas estaban apiladas y nadie se movió. Eran las dos de la madrugada y, fuera, caía una ligera llovizna. La ventana de madera, la única, estaba cerrada, pero por ella entraba la dichosa brisa, si es que se podía llamar así a algo que olía a putrefacto.

Debajo de la litera donde dormía el pequeño, una cabeza de largos cabellos, oscuros y pegajosos, se alzó para mirar al techo con unos ojos oscuros. Tenebrosos. Negros en la córnea.

Después, y ante los leves suspiros de los demás pequeños, esa forma se erigió y extendió una especie de brazo que parecía la rama de un árbol; y, por las patas de la litera, unos finos tentáculos se fueron enredando hasta subir a la última posición. Allí estaba Daniel, el pequeño, que fue rodeado por los tobillos y arrastrado en silencio por algo que se movía como un árbol con muchas raíces vivas.

En la oscuridad de la habitación, lo arrastró hacia el suelo, sin que sufriera una fatal caída, y allí se descompuso todo. Sencillamente, se había evaporado, como si el suelo lo hubiera absorbido todo.

Ni un grito.

Era la muerte viva.

El grito fue aterrador. Superaba al sonido del silbato del día anterior. El pequeño no tenía tanta fuerza en sus pulmones para chillar tanto. Había visto que su amigo no estaba en la cama. En la puñetera litera, pero eso no era motivo de alarma. A fin de cuentas, uno puede levantarse y echar una meada en la letrina que estaba situada al lado de la habitación.

Pero, por mucho tiempo, su amigo no apareció.

Pili, desde el otro extremo del camino, pues estaban muy próximos, se hizo eco de dicha desesperación y sintió cómo se ahogaba por momentos.

Recordando a sus hijos.

Era extremadamente curioso, por no decir contradictorio, pero algunos de ellos volvían. Y eso fue dos días después de que desapareciera el crío de cinco años. Había regresado. No él, sino un chico mayor. Estaba pálido como un cirio. Caminaba de forma errática y un tanto extraña. Tenía la mirada perdida. Pero podía hablar bien.

—Los he visto. He visto cómo eran, y da miedo. Es aterrador. Los demás siguen atrapados. Hay niños como yo, y niñas. No hay ningún mayor entre nosotros. Solo les interesamos nosotros, pero no sé cómo he regresado. Todo fue tan rápido...

—¡Te perdiste en el bosque! ¡Eso es! Y ahora sufres un shock. Una conmoción y pérdida del equilibrio...

—Mental —le interrumpió Pili, con voz queda. A su vez, el hombre de barba rala y ojos castaños tiraba del brazo del pequeño. Dentro de él vociferaba su corazón. Le había arrancado la frase de la lengua del pequeño, y Pili le sacudió con su única palabra.

Él la miró.

Ella le clavó los ojos —como estacas— en el corazón.

El crío seguía absorto.

—¿Qué ves ahora? —preguntó Pili al crío aparecido de la nada. Del bosque profundo. Del fondo del lago. Del cielo amorfo. Los tutores habían llamado a la policía no sin mucho éxito, pues le habían dicho que tenían cosas más importantes que hacer ese día. De modo que el menor se fue a la masía de ella y rebañó un cuenco de leche con algo dulce en su interior. Era chocolate. Sus labios pringosos lo delataban

—Ahora te veo a ti.

Pili recordó lo del jarrón y el agua tirada en el cristal de la ventana.

—Ves una imagen distorsionada —repitió ella de forma inconsciente.

—No es tan distorsionada. Hay un hombre mayor en la puerta y tiene sangre en la cabeza.

Pili sintió helor en su sangre, que dejó de ser bombeada por sus venas de forma momentánea.

—¿Lo ves?

—Sí.

El chaval estaba sentado en una silla de esparto coja. ¿Qué otra silla podía ser si no? En las historias de miedo las cosas siempre están mal puestas o son "extrañas".

—No tiene sangre. Es chocolate. Él es quien te lo ha preparado y se ha ensuciado todo.

—Pues dale las gracias de mi parte —sonrió el mocoso.

—Puedes hacerlo tú. Gírate.

—Está bien.

El crío se dio la vuelta y lo miró. Estaba exactamente igual que en el reflejo del espejo.

Sonriendo, con los ojos acuosos.

—Dile algo.

—Gracias, señor.

Pedro levantó la mano.

—¿Qué ha hecho?

—Levantar la mano.

—Oh, eso es maravilloso. Por unos años pensaba que me había vuelto loca.

—¿Qué quiere decir, señora?

—Nada.

—Bueno. Yo seguiré tomándome el chocolate. Por cierto, está muy rico. Mejor que el del campamento.

—Oh, gracias.

Pili estaba casi de rodillas frente al crío; en realidad, con las piernas flexionadas como unos muelles retorcidos. Le dolían las rodillas y algo más abajo del muslo. Con anterioridad había sido operada de unas varices, y eso dejaba secuelas.

—De nada.

—Y dime. ¿Qué has visto? ¿De dónde has venido?

—Ahhh, eso. Son como sombras con formas extrañas. Te cogen del pie y te arrastran. Están en el bosque y bajo el lago. Hay una mujer muy extraña. Tiene la cara tapada con una larga cabellera...

—¿Tupido?

—¿Qué? No sé lo que es eso.

—Nada. Sigue, chavalín.

—Pues eso, que también hay algo que lo llaman *eso*, así es, eso. Eso. Y así lo repiten varias veces. Lo dicen todos los que estamos atrapados. Yo lo vi, y realmente era: eso.

ESO

Pili se quedó con la palabra. Escueta y extraña. Significaba todo y nada. Podía ser cualquier cosa, o muchas. Era algo, de eso estaba segura. Como también que podría verlo si pudiera, o si quisiera.

—Me parece una definición muy correcta para algo que no tiene forma.

—¿Tú puedes verlo?

—No lo sé. Llévame al lugar.

El crío dejó el cuenco sobre la mesa rugosa y le tendió una mano marrón.

—Me lo has prometido.

—No lo he prometido, solo que... ¿No tienes miedo de verlo otra vez?

—Solo quiero comprobar si alguien más puede verlo.

La rutina de José María no había cambiado. Cada día regresaba a casa a las dos y cuarto, salvo la excepción de que Antonia ya no estaba con él. Había desaparecido. Y él pensaba que eso sería otro arrebato más de ella, que volvería pronto. Bien maquillada y sonriendo. Sus brazos abiertos y las uñas rojas como si fueran cuchillos ensangrentados. Y...

Dejó de pensar en el momento en que su teléfono móvil empezó a sonar.

El sol caldeaba la terraza, y sus largos dedos acariciaban el suelo del comedor, la mesa y parte de la cocina que estaba al fondo. Los extenuantes dedos del sol nunca acababan. Si les dabas espacio, todo se iluminaba hasta el infinito.

—¿Sí, diga?

En el otro extremo no sonó nada, al menos de momento. José María esperó pacientemente el vacío del silencio. Estaba sentado con el codo apoyado en la superficie de la mesa de color caoba. Donde años atrás, en Inglés, Pedro había hecho magia negra y...

Al fin se escuchó algo.

Eran chasquidos secos, y al fin una voz rota que decía:

—Soy Nalia. Estoy en un mundo imperfecto. Todo es extraño. Oscuro y repleto de seres anormales. Son personas y niños envueltos en una especie de plástico. Y eso camina por los árboles. No sé dónde está mi hermano. ¿Dónde está mi papá?

José María miró el teléfono con aspecto ceñudo, se lo acercó otra vez al oído y escuchó unos gritos de horror amortiguados por un ruido como una garganta carraspeando.

—Tu padre murió, Nalia.

—Eso no es verdad. —La voz no era tan aguda como se esperaba de una cría de corta edad. Era como si la hubieran editado con un sampler viejo, es decir, uno de esos sintetizadores que añaden ruido de fondo.

—Tu padre. Pedro. Murió en la casa de Bonma...

—¡Mentira! —le cortó una voz áspera y rota. Como si hablara debajo del agua. No era la misma voz de antes.

No, no lo era.

Y se escucharon los lamentos.

Era de noche, y en el otro lado del charco debía brillar el sol o quizá estaría nevando. Eso no lo podía saber en ese momento. Lo que sí sabía era que su padre, es decir, Pedro, le aconsejaba que no hiciera nada fuera de lo normal.

—Hija. No acudas al mal para conocer el mal.

Así de escueto había sido.

Pero ahora Pili se encontraba paseando —en realidad rumiando cosas mientras su preocupación por sus hijos crecía— en el bosque que sepultaba a la masía. Los ojos se acostumbraban a la oscuridad si te tirabas durante mucho rato dentro de ella, y eso fue lo que le pasó. Caminaba por los caminos en busca de...

¿Nada?

Aquel crío le había contado cosas.

¿Y si no era real?

¿Y si era un fantasma, como su padre?

Para Antonia todo había terminado.

No existía.

¿No?

Dos días después, sintió curiosidad por ver qué había en el sótano de la masía. Sí, esa masía que había habitado de forma temporal sin mediar con nadie. Toda era suya si quería. Y las noches con pesadillas incluidas, también. Había formas infrahumanas que se lanzaban sobre ella y entonces despertaba irguiéndose en la cama como si una tabla hubiera hecho un giro de noventa grados.

Hasta ahí, normal.

Bajó las escaleras tras abrir una puerta mohosa, húmeda y llena de hiedra. Suspiró profundamente al contemplar que estaba conviviendo con *eso* dentro de la masía. Sus dedos empujaron la puerta, que cedió espontáneamente. Eso sí, provocando un chirrido que no parecía tener fin.

El aire que subió por las escaleras impactó contra su cara, y sus fosas nasales aspiraron algo rancio, empalagoso y asqueroso a la vez. Sus cinco sentidos se habían despertado. Era como abrir un ataúd que algún Fossero de allá arriba, en la montaña, se hubiera olvidado de mimar cada día.

—Cómo está todo esto —pronunció mientras sujetaba, ahora, en una mano, una vela. La luz de mantequilla bailaba en las dos paredes que custodiaban las escaleras de madera. Todas ellas cubiertas de algo que parecían ser restos óseos convertidos en polvo. Cuando pisó el primer peldaño, no sucedió nada, ni en el segundo, pero, al tercero, algo lloró bajo sus zapatos. Ella se impacientó, pero tuvo que contenerse y esperar. Aquello no cedió. Respiró como quien se apura para no ahogarse en el mar.

Pisó el cuarto escalón.

Nada.

El quinto.

Se volvió a detener.

José María, muy tranquilo él —por ese motivo Antonia había dejado de cumplir la promesa *de nunca te dejaré*—, cambió de canal de televisión, pero no le gustaba nada de lo que se emitía en esos momentos, y pensó:

«¿Y si llamo a Pili?»

Bien, eso era todo un acierto. Él no sabía que Nalia había desaparecido. Antonia tampoco, pero encima se había marchado. Esa voz extraordinaria y gutural no le pareció nada anormal. Con pasividad pensó que las compañías telefónicas ofrecían basura con sus repetidores de treinta años. Pero concluyó que podría valer la pena contarle a Pili lo que le había sucedido, o quizá le preguntase directamente si se trataba de una broma de mal gusto.

Marcó el número de teléfono lenta y oficiosamente y esperó.

Tuuuuuu, tuuuuuu y no cesaba.

Colgó.

Por alguna extraña razón de la vida, Antonia estuvo en ese mundo irreal de las sombras, que tomaban formas, y de los espectros que miraban el agua del lago: tan quieto como una balsa de aceite, pero con rostros debajo. Y esas caras estaban silenciosas. No gritaban, y sus ojos eran un telo blanco, o muy blancuzco. Pero no estaban muertos.

Aquellos niños y niñas estaban en trance.

Y Antonia, de repente, se había convertido en alguien que había entrado en el mundo que solo los desgraciados y Pili podían ver.

Ella se había olvidado de José María, añoraba a su ex-marido, Pedro, lloraba por su hija Pili, y el uso de una tabla con una flecha de madera se convirtió en algo aterrador.

Era la espectadora que había resucitado y que ahora, trataba de comprender.

Sí, trataba de entender lo que veía.

Y dónde estaba.

El pozo estaba descubierto y situado justamente en el centro del sótano, levemente iluminado por una lengua macerada de luz que sabía Dios de donde provenía. Era como un maquillaje empobrecido, pero destellaba. El hedor era insoportable, y recordó aquellas películas chinas o tailandesas en las que salía una mujer distorsionada de allí mientras croaba como las ranas.

Evidentemente, nada de eso pasó. Solo se apoyó en las piedras de esa boca abierta y se inclinó para ver en su interior. La leve luz de la vela solo le mostraba unas piedras apiladas que formaban la estructura de la pared. Estaban húmedas y mohosas —esa palabra que siempre se repite en todas las novelas de miedo—, y al final del trayecto de la luz de mantequilla solo había oscuridad.

Sin embargo, le asustó el profundo silencio que brotaba del interior.

Las manos eran alargadas. Tenían las uñas deformes en las terminales de los dedos largos y retorcidos. La imagen se proyectaba debajo de la puerta, y era alargada como una sombra, salvo que, en lugar de ser negra, era rojo fuego. Y arañaba literalmente el suelo de madera haciéndola trizas.

Y el ruido fue ensordecedor.

La niña se acurrucó en un lado de la habitación, moqueando.

Le llevó cinco minutos mirar hacia el fondo.

El pensamiento se interrumpió en seco cuando se dio cuenta de que había algo detrás de ella, y en el techo. Era como mirar por el rabillo del ojo. La sensación era tan vívida que Pili llegó a escuchar incluso la voz de su madre Antonia, allá en los tiempos de la casa de Bonmati. Aunque era evidente que no sabía lo que escuchaba. Eran voces. Sonidos extorsionados. Estrangulados. Giró en redondo al tiempo que levantaba las manos para protegerse el rostro, y tuvo delante una imagen distorsionada. Era algo como una sombra, que cobraba forma en tres dimensiones. Rugosa y amorfa. Agitó los brazos para mantener el equilibrio, estuvo a punto de conseguirlo, luego lo perdió. Tuvo tiempo de pensar "mierda", y por fin cayó.

Aquella forma se había convertido en muchas, y lo que habitaba en el techo eran sombras errantes que se deformaban. Ella cayó dentro del pozo y consiguió esquivar el borde superior de aquella boca pedregosa. Y pensó: «me he librado de partirme la crisma», pero su cuerpo ya era algo inerte, cayendo al vacío oscuro y tenebroso.

Pero se dijo que, si se hubiera dado un golpe lo suficientemente fuerte contra alguna de aquellas piedras, ya se podía despedir de este mundo. Sin embargo, en cierta manera, ya lo estaba haciendo mientras perdía gravedad.

La vela se apagó en lo alto del todo. En el suelo. Sobre el cemento.

La caída fue al final, afortunada, ya que chocó con algo esponjoso y mohoso. El golpe no fue tan brutal como una piedra que cae desde el cielo. Había caído de culo y, por suerte, ese día llevaba puestos unos vaqueros. No obstante, de su garganta había despegado, como un avión, el grito de Tarzán, pero a los pocos segundos el llanto había amainado hasta quedar reducido a una serie de sollozos aislados y los jadeos entrecortados que son, a menudo, lo que llaman las resacas de las emociones fuertes.

Allí abajo todo estaba pringoso.

Sus manos chapoteaban en algún tipo de baba.

Y todo.

Todo estaba muy oscuro.

Esa niña fue alcanzada por esas garras como espátulas. Eran meras sombras que se habían transformado en algo rígido y tenso como un cable de acero. Aquellos dedos, por llamarlo de alguna manera, le rodearon los tobillos, apretaron y tiraron con fuerza.

Entre gritos —que nadie escuchó—, la pequeña de cabello rubio y anillado fue arrastrada hacia el otro mundo.

Era su nieto Dani, y estaba serio, pero se había acercado a ella. A su abuela. Era la primera vez que lo hacía, y eso que Antonia había suspirado por ello desde que nació él. Nunca lo había tenido tan cerca, pero tampoco tan lejos, porque estaba envuelto en una gigantesca telaraña.

Aquella mano extendida le pedía una súplica que, de momento, no salía de su boca.

Antonia sintió un arrebato en su pecho y creyó estar soñando o, sencillamente, experimentando la experiencia cercana a la muerte, dado que se había tomado dos botes de ansiolíticos.

Con Wiski.

—Abuela. Tengo miedo —dijo aquel endeble niño.

Antonia se encogió como un trapo estrujado para escurrir el agua. Por fin había visto a su nieto, tantos años prohibido y negado para ella. Su hija Pili le había confesado que nunca vería a sus nietos el día que se casara, y así lo cumplió.

Hasta el azar del destino, y ese mundo lleno de sombras que la rodeaban... todo giraba en torno a Pili.

—No debes tener miedo, cariño —acució ella con voz temblorosa. Extendió su mano y tomó la de su nieto. Sintió cómo estaba de helada. Como un mármol, pero sentía latir su corazón. Era como si las venas pugnarán por salir de la piel—. Ya estoy aquí para ayudarte.

—¿Ves lo mismo que yo?

—Te veo a ti.

—¿Y todo lo demás?

—Sí. Esto es muy oscuro, y parece estar lleno de pequeñas criaturas deformes y furiosas, pero que caminan en silencio. Yo creí al principio que era la muerte, pues yo...

—Es un mundo nuevo —exclamó Dani. Giró los ojos como bolas enganchadas a unos muelles y movió la cabeza—. Todo es tenebroso aquí. ¿Dónde estoy?

—No lo sé.

—¿Lo sabrá mi mamá?

—¿Pili? Puede ser. Seguro que sí. Abrázame.

Y en medio de la casi oscuridad se abrazaron.

Se hizo una luz.

Venía desde el fondo de un túnel. Era una luz cálida, pero muy débil. Pili se levantó del fondo del pozo y comprobó que solo le dolía una rodilla. La derecha. Arqueando las cejas, se dispuso a caminar hacia esa luz acuosa. Sus pies chapoteaban en algo espeso, sedoso, y horrible al tacto. Poco a poco, las paredes del túnel iban respondiendo. Como si hablaran. Era el eco de su respiración y, a veces, parecían voces de chiquillos.

Eso no le impidió avanzar.

Entonces, de repente, vio cosas.

De las paredes sobresalían unos tentáculos rugosos moviéndose como aspas de molino, pero a cámara lenta. Ella se detuvo en medio del túnel. Las extremidades antinaturales se volvieron rígidas y tomaron formas estranguladas. Ahora se inflaban como serpientes rígidas. Y empezaban a salir ojos en todas esas cosas viscosas, porque la luz era cada vez más intensa, y vibraba, era como si algún cabrón moviera dos linternas paulatinamente. Ella recordó que su vela se había perdido, pero ya no la necesitaba. De esos monstruos surgieron otros no menos espantosos, que ya tenían dientes, y muy afilados.

No hablaban.

Solo gruñían de forma gutural.

Nada extraño para una cosa así.

Pero, después de todo, escuchó una voz muy familiar.

—¡Mamá!

Tan pronto como había desaparecido, regresó. Fue un instante para ella, pero casi un día para los tutores del campamento, que tenían el corazón en un puño. Los dos mundos trascurrían en tiempos diferentes, y los segundos no existían en ese lugar oscuro.

La pequeña no vino sola.

Detrás de ella, estaban ellos, solo unos cuantos.

—He venido de un lugar que da mucho miedo —dijo, con los ojos muy abiertos. Mostraba las palmas de sus manos fungosas. Estaban manchadas de algo oscuro—. Mirad cómo he venido. Estoy sucia.

Una de las tutoras se acercó a la pequeña y, agachándose, le dijo:

—¿Cómo has venido? ¿Qué quieres decir?

—Estoy llena de esta cosa sucia.

La tutora tragó saliva.

—Mira, Naila, yo no veo nada raro en ti.

—¿Y puedes ver a los que están detrás de mí?

Ella meneó la cabeza en sentido de no.

—No. No hay nadie. Solo el bosque. Nos has preocupado mucho.

Naila se encogió de hombros.

De pronto, Dani y Antonia regresaron al monasterio de los Fosseros, y desde allí vieron o contemplaron las nubes pomposas que flotaban en el aire, pero bajo sus pies. El aire era limpio y fresco. Sus ojos brillaron, y las sonrisas salieron a la luz del sol de no sabían qué tiempo habían estado en el mundo de las sombras.

Nalia estaba intacta. Casi brillaba, pero no sonreía. El miedo estaba grabado a fuego en su cara, pero tenía fuerzas para caminar. Aquellos seres que se habían interpuesto entre ambas gruñeron aún más a medida que se acercaban, pero ninguna de las dos tenía tanto miedo como para quedar petrificada en el suelo.

Respeto, sí, pero no terror, ya que, en el fondo, aquello era un mundo de sombras y de silencio. De monstruos que no hacían nada más que llevarte hasta eso, y aquella criatura no hacía nada. Solo observaba con unos ojos inexistentes. Eran dos bultos amorfos.

Solo era cuestión de tiempo —el que no existía allí abajo—, para descubrir el sinsentido de ese mundo paralelo, al que parecían tener que cruzar todos aquellos fuera de la muerte. Era como un viaje inhóspito, pero en la vida. Solo que no todos ni todas lo hacían.

—¿Puedes verlos? —preguntó la hija de Pili.

—Sí. Puedo verlos, hija.

—Entonces es verdad que veías fantasmas de pequeña. ¿Estos qué son?

—Los veía hija mia. Los veía, y esto no sé lo que es. Quizá el mundo oscuro que he creado sin querer cuando jugaba a esa tabla, ¿recuerdas?

—Sí. Como hablar con el demonio, ¿puede ser?

—Algo parecido.

—Ahora entiendo todo.

—Oh, claro que sí, y saldremos de esta. Ya lo verás.

—Muchos salen de aquí. Ellos mismos se los llevan o los devuelven.

—Oh, eso está bien.

Y todas las formas que se movían en las paredes se replegaron cuando ambas se abrazaron.

José María insistió con el teléfono de nuevo. Nadie contestaba. Ahora no le hablaba nadie. Ya no tendría nada que contar. La comunicación se cortó, es decir, el tono se ahogó en el espacio del mundo hasta perderse en la nada.

Dejó el teléfono sobre la mesa que un día Pedro utilizó para su magia. Y ahora él estaba detrás de José María.

Sonriendo.

La casa estaba sumergida bajo el agua, pero ambas podían respirar. No les faltaba el oxígeno, y eso era algo extraño. Aquellos monstruos solo eran formas que se movían, pero no hacían daño. Eran grotescos, sí, pero no devoraban a nadie. Solo mostraban el horror más profundo que uno se podía imaginar. Aquello existía, y Pili comprendió que había hecho muchas cosas mal en esta vida. Que no debía haber usado la magia con fines, que no quería recordar. Sin embargo, al mismo tiempo sentía que había sido todo maravilloso, porque ahora pensaba en su madre, y en su hermano.

Sentía algo por ellos.

Sosiego.

Paz.

Amor.

—¿Dónde está Dani? —preguntó Pili, todavía abrazando a su hija. *Eso* se detuvo delante de ellas, elevó al aire algo compuesto de sombras y garras, se limitó a estar estático, y después se fue, vagando por ese misterioso universo.

—Salió de aquí, mamá.

—¿Cómo se sale de aquí?

—Ellos lo deciden y te abren la puerta.

—¿Viste a Dani salir?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Se hizo una luz arriba. —Señaló a un techo que goteaba baba o algo viscoso—. Y después había una mujer anciana. No sé quién era, pero vi a mi hermano abrazarse a ella.

Pili comprendió lo inescrutable.

—Entonces esperaremos —dijo ella.

Y el tiempo pasó infinitamente rápido en ese lugar, pero, fuera, en la vida real, ya habían pasado dos meses.

Y esperaron.

Sí, esperaron.

FIN

Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspense y thrillers. Ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "El hombre del láudano", "Aquel frío invierno", "Fin de cordura", "Pido perdón", "Solemn La Hora", "La mujer del Secreto", "El hombre que caminaba solo", "El asesino del año Boreal", "Lifey", "Una cura", "Confidencias de un Dios", "AGUA", "Soberbia", "Vuelve el frío invierno", "Efecto Grug" y "El misterio de Balth". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año. Hay más años. Muchos más.

Sobre *La Masía de Pili*

En esta audaz y soberbia historia de terrores familiares sobrenaturales, Claudio Hernández nos presenta la historia de Pili, una chica con la capacidad de ver fantasmas allá donde va. Su padre empieza a aparecérselo en el mismo momento en que una entidad misteriosa se lleva a sus hijos. Ahora el destino de su familia reside en los poderes de Pili... aunque nadie parece dispuesto a creerla.

- 1 Hermanos Fossore: Frailes que se dedicaban a enterrar a los muertos y a consolar a sus familiares.
- 2 Lodo blando.